



LLAMADA
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

MATRIMONIO

EXPONE

• Gabriel Gómez •



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



Clase 4

IV. La relación familiar con Dios

1. La instrucción bíblica
2. La oración familiar
3. La familia y el día del Señor



IV. La relación familiar con Dios

1. La instrucción bíblica

Proverbios 10:1 dice: *“El hijo sabio alegra al padre, pero el hijo necio es tristeza de su madre”*. Los padres que aman a sus hijos sufren al ver que muchas veces sus hijos toman malas decisiones, sin embargo, no siempre pueden ayudarlos con las circunstancias que deben enfrentar. No obstante, hay algo que sí podemos hacer, sobre todo cuando los hijos son aún pequeños: prepararlos para que tomen decisiones sabias y eviten así muchos inconvenientes en la vida.

Nuestro Creador nos ha dejado las instrucciones para vivir con sabiduría. La Biblia incluye una guía para ayudar a las familias en general y a los padres con sus hijos. Si estudiamos y practicamos las instrucciones divinas, seremos capaces de ayudar a nuestros hijos a evitar muchos problemas en su crecimiento y madurez.

Dios nos dice que debemos enseñar a nuestros hijos en su vida (su camino) para aumentar años de felicidad a sus vidas y reducir así mucho sufrimiento a futuro.

Efesios 6:4 dice: *“Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor”*. Esto contribuye a la honra de los hijos a sus padres, lo que trae consigo una promesa: *“... para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra”* (v. 3).

Deuteronomio 6:6-7 dice: *“Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes”*. Mientras que los niños crecen y maduran, desarrollan sus propios estándares y valores formados por la experiencia, las personas que le rodean y los medios de comunicación a los que se expone. Como padres, no debemos dejar que otras personas se ocupen de este proceso tan importante. Además, debemos filtrar aquellos mensajes televisivos, del cine o de las redes sociales que puedan influir de manera negativa en ellos.

Los padres que enseñan a sus hijos a conducirse de manera correcta por la vida, los equipan con las herramientas necesarias para que puedan vivir una vida más gratificante. La Biblia promete bendiciones para aquellas personas que hacen el bien: *“Decid al justo que le irá bien, porque comerá de los frutos de sus manos”* (Is. 3:10); *“Y guarda sus estatutos y sus mandamientos, los cuales yo te mando hoy, para que te vaya bien a ti y a tus hijos después de ti, y prolongues tus días sobre la tierra que el Eterno tu Dios te da para siempre”* (Dt. 4:40).



El tiempo y esfuerzo dedicado a preparar e instruir a nuestros hijos hará la diferencia entre una vida llena de sufrimientos a causa de las malas decisiones y una vida plena. Tenemos la tarea de transmitirles la importancia de seguir el camino de Dios, al igual que lo hizo Salomón: *“Oíd, hijos, la enseñanza de un padre, y estad atentos, para que conozcáis cordura. Porque os doy buena enseñanza; no desamparéis mi ley. Porque yo también fui hijo de mi padre, delicado y único delante de mi madre. Y él me enseñaba, y me decía: Retenga tu corazón mis razones, guarda mis mandamientos, y vivirás. Adquiere sabiduría, adquiere inteligencia; no te olvides ni te apartes de las razones de mi boca; no la dejes, y ella te guardará; ámala, y te conservará”* (Pr. 4:1-6).

¿Cómo podemos entonces llevar a cabo un estudio bíblico familiar que sea interesante, efectivo y apropiado para la edad de nuestros hijos?

Un método sencillo que podemos utilizar es la lectura. Los niños pequeños disfrutaban mucho de ella. Muchos niños acostumbran a correr hacia sus padres con un libro para que se los lean. Debemos aprovechar esta oportunidad para enseñarles, entre otras cosas, los principios bíblicos que subyacen tras la lectura. Además, puede comprar libros infantiles con historias de la Biblia. Hay muchos de ellos de buena calidad, que no solo atraerán la atención de sus hijos, sino que los ayudarán a entender las verdades de la Palabra de Dios.

A medida que los niños crecen, será más sencillo captar su atención en los cultos familiares. No obstante, son muchas las distracciones que compiten por el tiempo y la atención de nuestros hijos. Sin duda, ayudarlos a concentrarse será parte del proceso de aprendizaje. Una de las mejores maneras para esto es hacer que el culto familiar sea interactivo, es decir, que toda la familia esté involucrada en la lectura y las conversaciones. Haga preguntas acerca del significado de un versículo o una historia: ¿Qué quiere Dios que aprendamos? Puede además hacer juegos con enseñanzas bíblicas, como las trivias, o el juego “atrápame si puedes”, que consiste en que alguien en la familia comienza leyendo una parte de la Biblia y los otros intentan averiguar la historia a la que pertenece. El estudio bíblico en familia puede ser divertido, integrador, además de involucrar a nuestros hijos con la Palabra de Dios.

Hay muchas maneras de abordar el culto familiar. Podemos comenzar por donde todo empezó: el Génesis. Mientras la familia lee el libro de Génesis, pueden discutir cómo todo lo que conocemos fue creado por Dios. Él nos creó. Él creó todas las cosas que hacen que nuestra vida sea placentera. Además, todo lo creó con un propósito.



Entonces podría comenzar leyendo juntos el libro de Génesis o cualquier porción de las Escrituras, haciendo una pausa para que todos puedan opinar o preguntar respecto a la lección.

También podemos leer las historias de algunos de los grandes personajes bíblicos: Noé, Abraham, Moisés, Rahab, Débora, José, David, Abigail, Salomón, Ester —personas jóvenes que fueron grandes porque amaban a Dios y sus mandamientos, o personajes que fracasaron por rechazar los mandamientos de Dios. Estos malos ejemplos también pueden contener lecciones claras y sencillas para ser compartidas con nuestros hijos.

Otra opción son las parábolas de los Evangelios. Jesucristo las utilizaba para enseñar lecciones de vida y de fe, por lo que podemos descubrir con nuestros hijos el significado que Dios quería transmitir. Finalmente, es bueno discutir cómo podemos aplicar esa lección a nuestras vidas.

¿Usted y su familia son capaces de repetir los Diez Mandamientos? ¿Podemos explicar su significado? Podemos aprender importantes lecciones si hablamos acerca de cómo sería el mundo si las personas guardaran al menos uno de ellos, como no robar, no mentir, no matar, etcétera.

El libro de Proverbios es excelente para estudiar con los adolescentes. Fue escrito para ayudar a los jóvenes a vivir una vida sabia. Encontramos allí temas como: la manera de adquirir sabiduría y entendimiento, la búsqueda del consejo a la hora de tomar una decisión, el sexo y la moralidad, el alcohol o las drogas, el manejo sabio de las finanzas y el control de nuestras emociones, entre otros.

Salomón escribió: *“Oye, hijo mío, la instrucción de tu padre, y no desprecies la dirección de tu madre”* (Pr. 1:8). Esto muestra la importancia que tiene la enseñanza del padre y el consejo de la madre en la vida de los hijos. Por lo tanto, ambos están involucrados en su educación espiritual.

Es importante acomodar el culto familiar a la edad de los niños. Piense en los desafíos que sus hijos pueden enfrentar en las diferentes etapas de sus vidas: las amistades, la responsabilidad, el control de sus emociones, etcétera. A medida que nuestros hijos se acercan a la adolescencia, es posible que surjan preguntas acerca del arrepentimiento, el bautismo, las relaciones, el noviazgo y el matrimonio.

Los cultos en familia pueden ser un espacio para que sus hijos se saquen las dudas y reciban ayuda en las cuestiones más importantes de su vida.

¡Qué gran oportunidad tienen los padres de enseñar y compartir las enseñanzas bíblicas y experiencias personales con sus hijos, con el fin de prepararlos para un futuro exitoso!



2. La oración familiar

La familia necesita orar junta. Muchas veces hemos escuchado la expresión: ¡Familia que ora unida, permanece unida! Sin embargo, las familias cada vez se reúnen menos para compartir, dialogar, pasear y, por supuesto, para orar.

Sin embargo, la vida en familia presenta una ocasión única para abrir nuestros corazones al Señor en un núcleo íntimo con nuestros allegados directos.

Debemos entender que vivimos un cambio de época en una sociedad cambiante. Nosotros mismos no somos ajenos a estos cambios. Tanto la familia como la iglesia suelen confundir con frecuencia un mejor nivel de vida con una buena calidad de vida, dejando afuera aspectos fundamentales para la familia. En este sentido, debemos decidir qué cosas no deberíamos negociar para seguir manteniendo nuestra unión familiar, con el fin de que no pierda su identidad y estructura.

En la familia cristiana unos viven en función de los otros. Eso marca una gran diferencia en nuestro encuentro con Cristo, pues la armonía familiar nos conduce hacia una armonía divina más plena. Y es en esa armonía que tomamos consciencia de la importancia de orar juntos en los distintos momentos y circunstancias de la vida, fortaleciendo como consecuencia la unión de los esposos, de los padres con sus hijos y del testimonio hacia la comunidad.

Lucas 10:38-42 dice: *“Aconteció que yendo de camino, entró en una aldea; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa. Esta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra. Pero Marta se preocupaba con muchos quehaceres, y acercándose, dijo: Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude. Respondiendo Jesús, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero solo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada”*.

Es importante que dejemos a un lado los quehaceres para tener un tiempo con el Señor. A veces esto resulta difícil, y aún más cuando se trata de orar juntos como familia: estamos complicados, preocupados y ocupados. Nunca hay demasiado tiempo para todas las cosas por hacer. Las familias aprenden con rapidez a resolver una ecuación extremadamente compleja para cualquier matemático de renombre: hacer que veinticuatro horas rindan el doble.

La oración nos permite descansar y dejar la obsesión que nos genera una vida a las corridas. Nos conduce hacia la paz, nos hace descubrir lo verdaderamente necesario y nos brinda alegría.



Oremos por la mañana y por la tarde, cuando nos veamos por primera vez en el día, cuando nos sentemos a la mesa, cuando nos despedamos al ir a la escuela o el trabajo, al acostarnos y en todo momento en que tengamos la oportunidad de sentarnos con Jesús y escoger la buena parte. En los momentos de gozo y en los tiempos difíciles, cada miembro de la familia debe encomendar la vida del otro delante del Señor.

Los padres deben enseñar a sus hijos a hablar con Dios, y ser de ejemplo en este sentido, incentivar a dar gracias a Dios por la unidad en la familia, por la vida, por los alimentos, y a pedirle luz en los momentos de oscuridad, fortaleza en la debilidad y sabiduría para tomar buenas decisiones.

3. La familia y el día del Señor

Nehemías 8:9-10 dice: *“Y Nehemías el gobernador, y el sacerdote Esdras, escriba, y los levitas que hacían entender al pueblo, dijeron a todo el pueblo: Día santo es a Jehová nuestro Dios; no os entristezcáis, ni lloréis; porque todo el pueblo lloraba oyendo las palabras de la ley. Luego les dijo: Id, comed grosuras, y bebed vino dulce, y enviad porciones a los que no tienen nada preparado; porque día santo es a nuestro Señor; no os entristezcáis, porque el gozo de Jehová es vuestra fuerza”*.

Las personas acababan de oír y entender las palabras de la ley, dándose cuenta de que no las obedecían. Esto los llevó al arrepentimiento, sin embargo, Nehemías y Esdras dijeron al pueblo que no llorara, sino que más bien se alegrara, pues ese era un día consagrado al Señor (el primero del mes séptimo, la “fiesta de las trompetas” (Levítico 23:23-25; Números 29:1-6). Entonces la gente empezó a regocijarse.

La alegría o regocijo es más que sentirse contento, más que un mero sentimiento, es una acción. El pueblo de Israel había recibido el mandamiento de regocijarse, de celebrar las buenas ocasiones: la Pascua, la Fiesta de las Semanas y la Fiesta de los Tabernáculos. Se les da el mandamiento de llegar a Jerusalén, presentar una ofrenda y regocijarse.

No era apropiado que los israelitas hicieran duelo un día de fiesta, pues la celebración era una forma de honrar a Dios.

Otro aspecto para celebrar es el deseo de expresar nuestra gratitud por lo que Dios ha hecho en nuestras vidas. Esto también nos beneficia a nosotros: *“El gozo de Jehová [el gozarse en el Señor] es vuestra fortaleza”*. Celebrar la bondad de Dios nos fortalece.



El día del Señor es una de esas ocasiones de celebración. Las Escrituras nos cuentan que los primeros cristianos lo observaban. En Apocalipsis 1:10 dice: “*Fui tomado por el Espíritu el día del Señor*”. También Pablo se reunió con los cristianos el primer día de la semana (Hechos 20:7), y dio instrucciones a los corintios para que, cada primer día de la semana, separasen sus contribuciones para la comunidad de Jerusalén (1 Corintios 16:2).

El domingo era un día especial para los primeros cristianos. Este día se usaba para congregarse. También en este día se conmemoraba la resurrección del Señor, que había tenido lugar un domingo y se rogaba que Jesús viniera para establecer su Reino eterno: “*¡Ven, Señor Jesús!*” (Ap. 22:20).

El domingo es, entonces, la celebración semanal de los cristianos. En este día se celebra la resurrección y la consumación de la obra redentora.

La celebración del Día del Señor ocupa para los cristianos un lugar similar al que ocupaba para los judíos la celebración del *Sabbat* (sábado).

Los cristianos han aprendido el valor de apartar un día de la semana para rendir culto a Dios. Esta es una forma de honrarlo y crecer espiritualmente, además de descansar. Sin embargo, este descanso no es sinónimo de inactividad, sino de un cambio de actividad. Consiste en dejar de trabajar en nuestro sustento para dedicar nuestro tiempo a adorar a Dios. Es un día para la comunidad cristiana y la familia, para congregarse, orar, estudiar la Biblia, ofrendar y hacer el bien (por ejemplo, visitar a los enfermos). Ese día “... *no andamos nuestros propios caminos, ni buscamos nuestra voluntad, ni hablamos nuestras propias palabras*” (Is. 58:13), sino que honramos a Dios. También es un día para “deleitarse en el Señor”. Un día apartado especialmente para el Señor es un día donde Él nos bendice con su presencia.

Podemos honrar al Señor de diversas maneras: por medio de la alabanza, el culto, la ofrenda y por el simple hecho de apartar un día para Él.

Es un día especial para honrar al Señor, por lo que es importante que limitemos nuestras actividades para asistir al culto de la iglesia, estudiar las Escrituras y meditar en ellas.

La mesa familiar debe continuar honrando a Dios el día del Señor. Hay varias cosas que podríamos hacer en nuestro hogar para seguir dedicando ese día completo a Dios: alabarlo en familia, orar juntos, embellecer la mesa, vestirnos un poco más elegantes, invitar a hermanos para compartir juntos ese día, darnos más tiempo en la mesa, disfrutar de la compañía de los demás y de la bondad de Dios, y pasar más tiempo juntos en familia, antes y después de comer.



No se trata de un culto religioso, sino de una celebración familiar con la naturalidad que caracteriza a una familia.

Jesús celebraba la apertura del *Sabbat* mediante una cena con sus discípulos (o en años anteriores, con su familia). En ella había vino, buena comida y platos especiales. Comenzaba dando gracias, precedido seguramente de un tiempo de oración conjunta. Luego concluía el tiempo de la cena con otra acción de gracias. Cuando Jesús tomaba el pan y lo levantaba sobre la mesa, le estaba ofreciendo el pan a Dios. Era una oración de bendición que reconocía que Dios había creado el pan y, por ende, le pertenecía. Cuando leemos en las Escrituras: “... *tomó pan, lo bendijo y lo partió*”, sabemos que era una forma de bendecir la comida.

La mesa familiar es un tiempo de bendición y agradecimiento a Dios por todo lo que hace por nosotros: por nuestro hogar, nuestros hijos, nuestro cónyuge, por la unión que podemos tener gracias a la obra redentora de Jesucristo. Celebrar la resurrección en familia y con la iglesia es ser agradecidos, y esperar la venida de Cristo juntos es entender que compartimos un mismo propósito y una misma esperanza.

Para ver todo nuestro contenido visítenos en:

<https://www.llumadaweb.org/>

Le recomendamos conocer nuestra literatura disponible:

<https://www.llumadaweb.org/tienda/>

¡Síguenos en nuestras redes sociales!

